

Documentos

Ideologías y sindicalismo en el fin de siglo

*Hace poco más de un año, en Bruselas, la Universidad Católica de Lovaina y el Esuropäisches Zentrum für Arbeitnehmerfragen, con el apoyo de la Comisión Europea, reunió a académicos y dirigentes sindicales, para discutir y examinar lo Johan Verstraete, denomina la “época **posideológica**” y también el papel que desempeña el movimiento sindical en el marco de contrastes ideológicos evidentes, referidos particularmente al resurgimiento de nacionalismos combativos, tensiones sociales, de fanatismos religiosos y otros fundamentalismos. El Coloquio tenía como eje fundamental “Una **perspectiva perdida: Movimiento sindical e ideología en Europa**”, con los impactos que de ello se deriva para América latina. Un extracto de los aportes allí volcados –entre ellos el de Jean Hinnekens– se recoge en las próximas líneas.*

Alfredo Carazzo

¿Qué es la ideología?

La palabra “ideología” a menudo tiene una connotación negativa. Se refiere entonces a las opiniones que pretenden entregar una verdad general pero que en la realidad no lo hacen. Estas opiniones deforman la verdad mencionando algunos datos, omitiendo u olvidando otros. Bajo el pretexto de esta verdad general se defienden los intereses de un grupo determinado. En este sentido las ideologías son siempre falsas; nunca dicen cuáles son sus verdaderos objetivos. Es por ello que muchos empiezan a desconfiar cuando oyen la palabra “**ideología**”.

Pero la noción ideología también puede comprenderse positivamente, cuando se refiere a los valores, ideas y convicciones que comparten y testimonian los miembros de un grupo en cuestión. El conocido sociólogo laboral británico, Colín Crouch, opina que tal identidad de grupo es la señal de que existe una fuerte confianza mutua entre los miembros del mismo. Esta confianza es un aspecto esencial sin el cual no hay grupo ni ideología. Para poder tomar decisiones sobre

cómo defender nuestros intereses, siempre dependemos de otros. Por eso no podemos hacer otra cosa que comprometernos en organizaciones y grupos. La confianza mutua que subyace tras este compromiso la expresamos mediante ideas y opiniones comunes basadas en determinadas verdades generales. Una primera comprobación fundamental es por lo tanto que las diferencias ideológicas tienen mucho que ver con las características sociales y culturales de los grupos concernidos.

Pero las ideologías no son opiniones sin compromiso. Si queremos defender conjuntamente nuestros intereses, reflexionaremos sobre cómo organizar y mejorar la sociedad. En este sentido las ideologías a menudo son utópicas, están buscando la sociedad ideal. Para alcanzarla optaremos por medios de acción adaptados a los valores y opiniones de nuestro grupo o institución. Mientras unos pueden conformarse en gran parte con la situación social existente, otros criticarán fuertemente esta sociedad. Algunos querrán promover la continuidad y la estabilidad de las relaciones sociales existentes, mientras otros aspirarán a un cambio radical de la sociedad. Sea cual sea la opinión a la que se adhiera, lo más importante es que los miembros del grupo saben que sus intereses son defendidos de esta manera. La ideología confirma su confianza en el grupo.

Las familias ideológicas tradicionales

En el movimiento sindical de Europa occidental se pueden identificar tres grandes tradiciones ideológicas que desde el principio han creado una división permanente. Como decía el sociólogo alemán Bernhard Ebbinghaus: fue sobre todo el período del nacimiento del movimiento sindical a finales del siglo XIX y principios del siglo XX el más importante para la formación de los diferentes perfiles ideológicos que en su mayoría siguen existiendo hoy. En el período de la primera guerra mundial estos modelos diferentes se integraron en estados nacionales y estas diferencias nacionales tienen una importancia crucial aún hoy día. Finalmente, en los Estados de bienestar de después de la segunda guerra mundial estas diferentes tradiciones sindicales nacionales e ideológicas fueron

institucionalizadas en los diversos sistemas de relaciones laborales. La fuerte o débil apariencia de una ideología en la sociedad refleja el nivel de integración del movimiento sindical en esta sociedad. Cuanto más débil es su apariencia, más integrada se encuentra en la sociedad.

La primera familia es la ideología **contestataria**, marxista. Esta ideología se perfila fuertemente alrededor de la defensa de los intereses clasistas y rechaza radicalmente la economía y la sociedad capitalistas. Los trabajadores desempeñan un papel importante en la elaboración de un nuevo tipo de sociedad. Esta tradición era sobre todo fuerte al principio del movimiento de trabajadores y hasta el período entre las dos guerras mundiales. Después de la segunda guerra mundial persistió sobre todo en Francia e Italia. Mientras estos sindicatos contestatarios cooperaron poco o nada con los empleadores, como por ejemplo en Francia, la ideología pudo subsistir sin problemas relativamente. Los miembros de estos sindicatos eran a menudo más activos que los miembros medios de los sindicatos más moderados.

En la tradición **pluralista** la apariencia de la ideología es débil porque el movimiento sindical se sitúa en general dentro de la lógica del actual mercado del trabajo. Sobre todo los países anglosajones pueden servir de ejemplo, si bien no todos los sindicatos en el seno del TUC (central sindical) británico forman parte de esta tradición. La actividad principal de los sindicatos pluralistas es concluir acuerdos con los empleadores. Sin embargo, los responsables sindicales seguirán enfatizando que sólo se acercan a los empleadores para obtener resultados para los trabajadores. Los intereses de ambas partes son considerados como fundamentalmente contrarios. Esta ideología no es muy diferente de la ideología dominante en la sociedad. No hay un modelo de sociedad alternativo.

La tercera tradición es la **neocorporatista**, que se apoya en ideas de partenariado social e integración social. La cooperación con los empleadores es aún más extensa que en el modelo pluralista, lo que de ninguna manera quiere decir que los sindicatos no se oponen a los empleadores. Siempre se baraja

la posibilidad de provocar un conflicto. Sobre todo los sindicatos alemanes, austríacos y suizos y algunos sindicatos belgas y holandeses pertenecen a esta tradición, que puede ser socialdemócrata o democristiana. Los sindicatos escandinavos son una categoría aparte en este grupo porque dependen más directamente de un régimen político socialdemócrata. En la ideología neocorporativista se reconoce explícitamente que cooperar es positivo y que los sindicatos contribuyen a la promoción de la armonía social. Se rechaza la confrontación dura. En esta tradición neocorporatista se hace referencia frecuentemente a la peor situación que existía en el pasado. Este recuerdo sirve para indicar que el sindicato es necesario para mantener el capitalismo en el camino de la integración social. En este sentido se trata de una ideología que defiende un determinado modelo de la sociedad y que no se limita al mero marco de las negociaciones con los empleadores.

Pero la diversidad no se acaba allí. Los valores e intereses defendidos conjuntamente no eran los mismos para todos los grupos de trabajadores, lo que generaba líneas de separación ideológica que afectaban a las familias tradicionales. Existía la diferencia entre obreros y empleados o entre creyentes y no creyentes. Ciertos trabajadores luchaban por la causa revolucionaria mientras otros se perfilaban con más moderación. Todo aquello contribuyó a que se constituyeran sindicatos que tenían en cuenta estas diferencias. El ejemplo más conocido al respecto son los sindicatos religiosos y no religiosos en Bélgica y Holanda.

Hay que observar al respecto que, también en la ciencia, se partía de la idea de que los intereses de todos los trabajadores son iguales. Por ello se creía que el único verdadero ideal podría ser un movimiento sindical unificado. Ahora está madurando la opinión –y el coloquio fue la prueba de esta evolución– según la cual ya no es imperativa esta tesis y que el pluralismo corresponde mejor con los diferentes modos de vida de los trabajadores. Cabe preguntarse, sin embargo, si todas estas tradiciones no desaparecerán rápidamente con la mundialización de la economía y de la sociedad que se viene manifestando en los diez últimos años. ¿Hay un futuro para el movimiento obrero?

¿El fin de las ideologías?

Hace unos años el funcionario americano Francis Fukuyama hizo furor con un libro titulado ***"The end of history and the last man"*** (El fin de la historia y el último hombre). En este ensayo Fukuyama pretende que se detuvo el motor de la historia. La historia ha llegado a su fin ya que ha alcanzado una forma perfecta. Casi todo el mundo coincide en que la democracia liberal y la economía de mercado son los mejores sistemas imaginables, ya que reconocen en principio las oportunidades iguales de cada uno. Por consiguiente son superfluas todas las discusiones ideológicas. Además, muchos observadores estiman que está ganando terreno el individualismo. El ciudadano moderno sólo se interesa por opciones que aseguren sus intereses a corto plazo. Compromisos basados en perspectivas de largo plazo son considerados cada vez más como inútiles y hasta molestos. Incluso la clase trabajadora ha dejado de existir. Debido al bienestar creciente. Las diferencias entre obreros y empleados han desaparecido, de modo que estos grupos ya no tienen una identidad aparte.

No cabe duda alguna de que las observaciones que fundamentan estas comprobaciones no se corresponden con la realidad. También en las democracias occidentales siguen creciendo las desigualdades a nivel social. Los beneficios generados por la economía de libre mercado no se reparten equitativamente y sólo benefician a una elite pequeñísima. Entre las categorías profesionales persisten diferencias muy notables. Además, vista desde otros continentes, la economía de libre mercado no es un sistema universal sino un sistema que beneficia a los países ricos en detrimento de los países pobres. Mucha gente se está comprometiendo en los llamados nuevos movimientos sociales (Amnistía Internacional, Greenpeace, Restaurants do Coeur). Y también los sindicatos aún logran motivar a muchos trabajadores por sus acciones, si bien en un país como Francia se habla abiertamente de una crisis y hasta del fin del sindicalismo. Pero los sindicatos siguen organizando acciones solidarias exitosas. La ideología sindical basada en la confianza mutua y que lanza ideas para el futuro no pertenece al pasado.

El movimiento sindical ¿ha perdido su perspectiva?

¿Cómo es posible entonces que el movimiento sindical lleve las de perder? ¿Por qué a menudo se tilda a los sindicatos de instituciones anticuadas e incapaces de adaptar su ideología a la sociedad actual? Según Colin Crouch la respuesta hay que buscarla sobre todo en la integración del movimiento sindical en la sociedad occidental.

A lo largo de su historia, el movimiento sindical procuró ocupar un lugar central en la sociedad y realizar una parte de sus proyectos. Por eso, en muchos países de Europa occidental la ideología sindical se ha convertido en componente esencial de las convicciones sociales dominantes. Dicho de otro modo, en la medida en que iba integrándose el movimiento sindical en la sociedad, iba disminuyendo la perceptibilidad de su ideología.

Existe, sin embargo, el peligro permanente de que el movimiento sindical se vea forzado a cumplir el papel de forastero. En cierto modo siempre ha sido forastero ya que su objetivo es mejorar continuamente las condiciones de vida y de trabajo de sus miembros y no aceptar las desigualdades existentes. Sobre todo es a partir del progreso de la ideología neoliberal en los años 1980 que se comenzó a excluir cada vez más al movimiento sindical. Para una ideología que se apoya en una fe absoluta en el mercado libre, el movimiento sindical se ha convertido en interlocutor molesto y superfluo. El problema primordial es actualmente que esta ideología del sistema del mercado libre se ha convertido en un fenómeno tan evidente e implícito que se la acepta como no ideológica y empíricamente correcta. Dicho de otro modo, la ideología neoliberal se ha convertido en la ideología dominante de las democracias occidentales mismas. Cualquier oposición parece irracional y carece de fundamento. La paradoja para el movimiento sindical actual es que por una parte está fuertemente integrado a nivel institucional, pero, por otra, está siendo excluido cada vez más. Por una parte, el movimiento sindical no necesita mucha explicación de su ideología (al estar integrado ya), por otra, como forastero tiene que explicitar su ideología cada vez más. Esto lo pone en apuros.

En ciertos países como Gran Bretaña, el movimiento sindical ha procurado solucionar el dilema no reaccionando del todo contra el modelo neoliberal dominante. El movimiento sindical afirma que en el pasado nacional las palabras claves eran el consenso y la cooperación. Los sindicatos mismos dicen que ya no son **“forasteros”**, siendo ellos mismos corresponsables de la cooperación entre empleadores y trabajadores establecida a lo largo de los años. No es atacando una ideología oponente la mejor forma de combatir la ideología del mercado libre, sino a través de la defensa de un modelo **“histórico”** de cooperación. De esta manera algunos sindicatos tratan de mantener su relativa posición de fuerza, esperando tiempos mejores.

¿Han muerto las ideologías?

Hoy en día está de moda pretender y clamar que han muerto las ideologías, que sus conflictos son anticuados y que el pragmatismo, el realismo son los únicos comportamientos susceptibles de aportar las soluciones adecuadas a los problemas que se plantean. Pero los que formulan tal afirmación ¿saben verdaderamente de lo que hablan? ¿Saben lo que es una ideología? Entre las definiciones del diccionario hay dos versiones que pueden interesarnos.

Una filosofía del mundo

La primera define el término ideología como un sistema de ideas, una filosofía del mundo y de la vida. Se trata pues de la percepción que puedo tener de la tierra y de sus habitantes, del sentido que puedo darles y de la manera cómo me inserto y me comprometo en este conjunto. ¿Es esto algo malo o despreciable? Pretender que han muerto las ideologías y regocijarse de ello supondría por consiguiente verificar que la humanidad ya no le encuentra un sentido a su propia existencia o por lo menos que ya no le interesa y felicitarse por ello, aún sabiendo que las actividades humanas al no tener objeto alguno sólo conducen a la revuelta y a la desesperanza.

De todos modos, puesto que esta humanidad existe, y que existe incontestablemente, con sus alegrías y penas, sus avances y retrocesos, su paz y sus conflictos, sus solidaridades y sus luchas de intereses, pretender y regocijarse de que ya no hay ideologías sería proclamar de facto una nueva ideología: la de la muerte de todo sentido que se le pueda dar al porvenir de la humanidad.

¿Quién resulta beneficiado con la propagación de este tipo de ideas, de esta filosofía? ¿Si nada tiene sentido, por qué existen causas que merecen nuestra adhesión? ¿No vale la pena entonces renunciar, aunque sea un poco, a nuestro confort y a nuestros intereses inmediatos para ocuparnos de los asuntos de los demás? Que cada uno viva en su rincón encerrado en su pequeño mundo sin preocuparse de los juegos complejos de la economía y de la política que de todas maneras están corrompidos. Si algunos los encuentran entretenidos e interesantes (tanto mejor para ellos) siempre y cuando no pongan en peligro mi bienestar ni mis pequeños hábitos. ¿No son más bien las posturas de los **“expertos”** y de los que detentan el poder los que más se benefician con esta corriente de pensamiento? En otras palabras, al fomentar el desinterés de la población por todo lo que es colectivo y público, es el contenido mismo del concepto de «democracia» el que tratan de volver inaccesible, pese a que pretenden defenderlo con dientes y uñas.

Impregnando poco a poco las mentalidades, una **“ideología”** –porque se trata de una ideología y que está bien viva– crea un vacío en el seno de las poblaciones y, al destruir toda dimensión que lleva a cada uno a superarse a sí mismo, obliga a numerosas personas, sobre todo jóvenes que al no tener ninguna perspectiva de futuro pueden volverse locos, a buscar refugio en sustitutos mortíferos tales como la droga, la violencia, las sectas o los integrismos de todo tipo.

Paradójicamente, esta ideología consigue aliarse a estos integrismos, que por naturaleza se oponen a toda idea de verdadera democracia para consolidar sus conquistas. Esta pauta de lectura de los eventos permite quizás comprender

mejor o sorprenderse menos con la relativa clemencia que muestran ciertos países ricos ante la ola de integristas –a veces extremadamente violentos– en los países del Tercer Mundo. ¿No son el oscurantismo y la docilidad de las poblaciones más pobres la manera más segura de contar con una mano de obra hecha a la medida?

Doctrinas y creencias de una clase

Otra definición del diccionario: una ideología es el conjunto de doctrinas y creencias de una clase. Es indudablemente un enfoque propio del análisis marxista, pero reviste un cierto interés para el tema que nos preocupa. Efectivamente ¿qué comprobamos al analizar la historia de este siglo? Por una parte, un enfrentamiento cada vez más violento entre dos ideologías dominantes, el liberalismo-capitalista-secundado después por el economicismo y el comunismo, concretización malograda del análisis marxista, por otra. Pues bien, estas dos filosofías antagónicas tienen en común el mismo desinterés, por no decir rechazo, de toda dimensión espiritual del ser humano. Ambas son profundamente materialistas y, por consiguiente opuestas al **hombre de pie**, al ser humano libre y responsable de su porvenir personal y colectivo.

La caída del Muro de Berlín simbolizó el derrumbamiento del comunismo. Pero ¿ha muerto realmente? No estamos tan seguros. Es incluso posible –y ya se comprueba en ciertos países de Europa central y del Este– que el capitalismo, disfrazado actualmente en leyes ineludibles del mercado, encuentra sus alianzas más eficaces en las antiguas estructuras, que presentan una nueva fachada pero falsa, de las fuerzas comunistas de ayer.

De todos modos, que la ideología comunista esté o no en vías de extinción, hay una cosa que es muy cierta. La ideología del liberalismo-capitalista y su lacayo el economicismo, ideología contra la cual el comunismo pretendía luchar y frente a la cual había logrado crear un equilibrio geopolítico que dominó toda la actualidad desde 1945 hasta hace poco, esta ideología sigue existiendo

plenamente. Es en estas esferas donde circula de preferencia la idea de que han muerto las ideologías. Esto les permite pensar que la de ellos no es una ideología, y por lo tanto no puede ser criticada ni confrontada con otra concepción de la relación que los humanos tienen de la vida y de las relaciones entre ellos. Así puede presentarse como una realidad ineluctable, un hecho indiscutible, la condición humana misma.

Sin embargo esto es falso. Las ideologías de clase no han muerto y la del liberalismo-capitalista tampoco. Ella afirma estar muerta pero para poder existir mejor y en forma más dictatorial, decretando que todas las ideologías están muertas y que se trata de un hecho irreversible y positivo para la humanidad.

Sin embargo, a largo plazo el movimiento sindical sólo podrá salir de esta situación paradójica tomando en serio su papel de forastero. Que en este proceso esto implica tener que abandonar una serie de conquistas tradicionales, parece casi inevitable.

La opción por una sociedad de buena convivencia es una ideología en el sentido más noble del término. Es la que fundamenta al sindicalismo. Es la opción esencial de quienes se comprometen a hacer del sindicalismo un movimiento más real y más eficaz.